LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO„

NOSOTROS

J. A. FALCONI VILLAGOMEZ

Con motivo de cumplirse un año de la desaparición de "Renacimiento", publicamos hoy con los retratos de sus principales redactores un artículo destinado a la memoria de la revista, hilvanado con sobriedad y desapasionamiento por Medardo Angel Silva, intelectual de verdadero mérito, que marcha a la vanguardia de la nueva generación literaria.

El artículo viene obligado por la circunstancia de la fecha y como exposición verídica de la labor cultural llevada a cabo por los de "Renacimiento", y no en manera alguna como una loa de ocasión en que pudieran pensar espíritus mal intencionados. Solamente que el autor guarda silencio respecto a la actuación brillante que supo desmpeñar entre esa pléyade, y a quien debemos hacer justicia evidenciando su fervor sincero y su prestigio literario ejercitados en el campo de la poesía o en el dominio de la crítica, y a los cuales se debió —en gran parte—el éxito y natural resonancia alcanzados fuera del país.

Perdido por lo pronto el recuerdo de "Renacimiento", quedará en la Biblioteca alguna colección como documento de la época, a salvo de polillas menos voraces que sus críticos, y el público a merced de publicaciones literarias en que alternen con el oro de relumbrantes versos vaciados en crisoles de imaginación, el auténtico acuñado en laboriosas forjas y exhibiendo bustos de gentil prosapia.

Nuestra generación nació al Arte entre los años 1912 y 14; época, aquella, de indiferencia mental; de positiva pobreza literaria en el concepto cuantitativo, ya que si apenas uno que otro citareda se mantenía al pie del ara renovando el fuego sagrado. Traíamos un violento deseo de llegar; traíamos una colmada primavera, abundante en frutos melífluos; sobre todo un vivo deseo de ser nosotros mismos y a través del ageno sonar de voces magistrales ya apuntaba en cada uno el son verdadero de su voz. Agitada y luchadora fué aquella juventud; incomprehensión y estrechez de criterio armaron contra nosotros voluntades de académicos y de mediocres; se explotó largamente el cándido orgullo juvenil, puerilidad dispensable cuando se está ebrio del vino generoso de la primera vendimia, del fuerte vino de abril. Llevaba la directiva de aquel despuntar de orientaciones el grupo que presidían Arturo Borja y E. Noboa Caamaño; el uno hoy a la diestra de Verlaine, en el cielo del Buen Dios, el otro dando a la perenne inquietud de su espíritu el campo de una atmósfera más pura. Cuando, M. E. Castillo y Castillo, J. A. Falconí Villagómez y M. A. Granado Guarnizo, fundaron "El Telégrafo Literario", con un arrogante gesto de sembradores de ideas, los que empezábamos a incursionar por los dominios apolíneos, encontramos al fin concretadas nuestras aspiraciones, un molde para nuestros sueños y una dirección para nuestro contínuo anhelar. Está en el público, tanto como en nuestras almas, viva aun por el recuerdo, aquella época en que entre sonrisas y locuras hechas de exprofeso, latía el germen nuevo de una orientación que es hoy la directiva del actual movimiento literario que ha dado ya frutos sazonados y algunas páginas de antología.

Si en verdad no place a la modestia usar tan personalmente la defensa, valgan estas líneas como la exposición de quienes, desdeñosos de los juicios actuales fiamos no como el trágico griego, al Tiempo nuestra obra pero sí al juicio ya sereno de los que han de venir. Cumplido el intento

JOSE EDUARDO MOLESTINA

WENCESLAO PAREJA

de las páginas literarias de "El Telégrafo", buscamos una cátedra, lo menos académica por cierto, desde donde expresar nuestro sentir y nuestro pensar, poniendo nuestros sueños bajo la advocación de la Athenea Promakos.

Nació así "Renacimiento", cuyo nombre sugeridor era por sí mismo rosa simbólica en que tenían expresión nuestros anhelos. Era intento nuestro dar a los soñadores un refugio, una parva domus, en que, agitados por ansias de desconocida belleza dieran al aire, cargado de pesadas emanaciones mercantiles el dulce y lánguido acento de paganas flautas, de salterios místicos, o bien de exaltadas liras heroicas.

Todos saben que Caliban proyectaba tras el vuelo de nuestras alas su sombra deforme; nuestros oídos, atentos a los dictados del númen, fueron heridos muchas veces por el áspero silbido viperino de las flechas de Zoilo; aquello daba a nuestra empresa la seguridad de sus bondades, porque nunca más biliosa censura fué inferida a quienes no pensaban trastornar el orden público, ni destruir flamantes prestigios literarios, construídos, como la casa de que hablan las Escrituras, sobre la más deleznable arena. Entonces fué cuando dimos al público el bello espectáculo del más hermoso y perfecto grupo de apolonídas, unidos por la comunidad del ensueño y unánimes en la marcha hacia la conquista, tan inverosímil entre nosotros, de los triunfos que sueñan las locas imaginaciones de los fervorosos adolescentes.

Allí, Falconí Villagómez, ya depurado de su afán de hacer novedades, daba a su soñar serenidad de crepúsculo y en rota armonía exótica ponía un intenso latido de alma, proyectando en el terso cristal de fluídos versos la sombra inquieta de su espíritu atormentado en la búsqueda de nuevos moldes en que vaciar el oro fino de sus ideaciones; Castillo, de peluca empolvada y calzón corto, seguía aún madrigalizando — no Hércules a los pies de Onfalia — pero si Beaumarchais escribiendo en nevado abanico dieciochesco rondeles que encomian las gracias arcaicas de duquesas pastoras, al son de una pavana de Scarlatti o de una aria de Couperaine; Egas, en la torre más alta de sus abstracciones, ponía, como Jiménez, su maestro fraterno, el más vivo anhelo de su espíritu en tejer rimas aéreas suspirantes de delicadeza femenina, parecidas a un collar de lágrimas ensartadas perla a perla en el hilo frágil de un juguetón rayito de luna. Y a estos que eran los centros de aquella vasta acción lírica sumaban las voces lejanas, si que también fraternales de Noboa Caamaño, "buen capitán de la lírica guerra" (?No es así nuestro amado Rubén Darío?); de Humberto Fierro, desdeñoso y marmóreo, que sabe del roce de las alas de los cisnes jupiterinos y cuya protesta ante el silencio de "los bárbaros sin canto", se traduce en hondos poemas de sibilina poesía, misteriosos como las aladas esfinges de un propíleo antiguo.

Pasado el primer hervor de la lucha fueron con nosotros Wenceslao Pareja, que haciendo lindos versos reniega de ser poeta (y en verdad que aquí da ganas de ser así) y que pese a sus pudores no podrá retirar su nombre del pie de algunas piezas literarias dignas del Florilegio; Aurelio Falconí, que fué de los iniciadores de la evolución modernista, cuyo perfil recuerda los vasos antiguos en que se ve coronado de pámpanos un sátiro cuyos labios tienen el dón armónico que rige el paso de una theoría de ninfas, con el suspirar melódico de la flauta panida; Modesto Chávez Franco, maestro bondadoso, a quien se quiere por igual que se admira, cuyas irónicas páginas guardan un tan sabroso encanto; era a su lado la figura inquieta, febril y nerviosa de un tan grande amador del Musagetes, que hace perenne su juvenil cálida por el fervor de su vocación:

JOSE MARIA EGAS M.

M. E. CASTILLO y CASTILLO

hablo de aquel buen artífice q' pulió con mano benvenutina los camafeos de sus "Rondeles Indígenas", griego por el amor a la línea perfecta, meridional por su ardoroso verbo, en que se aspira fresca fragancia de pámpano y olor a uva recién pisada; el viejo González, pedía tregua al dolor para soñar un poco y tuvo para nosotros cariño de abuelo, poniendo la heladez de su invierno al contacto de nuestros estíos y dando de sus últimas cosechas frutos ya madurados del árbol de su espíritu que, en actitud desesperada, tendía aún hacia el vislumbrar lejano del sol de las cumbres. Y esta será ocasión de desvirtuar un injusto criterio: siempre pensaron quienes mal nos querían que nuestro amor por nuevas formas significaría el odio hacia el bello decir de antaño; nada más absurdo, fuímos de los primeros en ofrecer nuestra adhesión cuando se iniciara la hermosa idea, digna de mejores tiempos de galantería y de culto al gay saber, de ceñir la frente nevada del poeta de "Las Leyendas de Arte" con la apolínea corona; y en la noche del homenaje a González, era nuestra voz temblante de emoción la que decía el elogio de aquel cuya palabra fué dulcificada por las abejas de Himeto, y que, como el errante rapsoda de la Odisea, tenía ya los ojos velados por el crepúsculo anunciador de la noche definitiva.

Pensamos con toda sinceridad que, si no fuimos los que expresamos el más alto valer intelectual de la hora, siquiera servimos de vínculo a estrechar en un haz, las varias direcciones de los grupos que aisladamente militaban en esta dolorosa y gloriosa milicia que preside el crinado dios de la armonía. No fué menos meritoria nuestra campaña de extensión, podremos decir patriótica, nuestro empeño religioso en revelar al Continente valores nuestros desconocidos, al mismo tiempo que atentos a una bien entendida solidaridad americana dábamos acogida entre nosotros a prestigiosas firmas extranjeras, entre las que valdría citar a intelectuales de la importancia de Abraham Valdelomar, José M. Eguren, Rafael Alberto Arrieta, Sux, Fco. Contreras, y tantos otros; o a aquella mujer admirable poseída eternamente por el deus inspirador y cuyo nombre es prenda de éxito: comprenderá el público que hablo de Alfonsina Storni.

Junto a nuestras inquietas primaveras ponderados espíritus laboraban en estudios menos imaginativos, eran ellos: un gran ecuatoriano que acaba de hundirse en la sombra espesa y cuya obra es áurea página del más puro fulgor de nacionalismo, Alfredo Espinoza Tamayo; un estudioso que rehuye la luz meridiana del elogio, pero a quien ya lo señala la atención pública, José Eduardo Molestina; y aquel simpático dilettante de quien ya hemos hablado en grata ocasión, cuyo pseudónimo, Máximo de Bretal, es tan amable al público y a quien creemos llamado a un bello destino el día que discipline su actividad tumultuosa y varia.

Ya vemos en los labios indiferentes una sonrisa y un reproche: se ha abusado tanto de las autobiografías; pero el silencio prolongado acaso haría creer en un desfallecimiento de nuestra parte, en un minuto de doblez de la voluntad, o, talvez en que abrigamos la creencia de dormir sobre laureles, cuando apenas si llevamos bajo el peinado de toda corrección — (ya no son las melenas leoninas ni los gestos agresivos para el burgués, acorazado de sentido común) — nuestra heridora "coronita de espinas". Aquel nuestro temor de abordar personalizaciones egotistas nos detuvo cuando el joven e ilustre crítico Julio César Endara, que prolonga la actuación de Zaldumbide, en estudios de serena comprehensión, delatadores de aguda perspicacia mental, hiciera nuestro elogio en un artículo desastrozamente comentado

ADOLFO HIDALGO NEVARES

MEDARDO ANGEL SILVA

por el coplero de la "Tentación", sindicado de tantos crímenes literarios, que ha hecho de la publicidad una arma y a quien felizmente el público ya justiprecia y le asigna un honroso puesto entre los que desesperados de dar luz hacen la sombra.

Más que ninguna pura por la belleza del intento; más que ninguna alta por la nobleza del anhelar, nuestra labor si bien humilde y pobre acaso por lo que atañe a nosotros, tuvo la esplendidez de un ánfora bien colmada de los más diversos dones florales; fuimos reveladores, ya que creadores, dimos al ensueño un valor por sí y le torcimos para siempre el cuello, si no al ganso de la elocuencia — pues fuimos verbosos por temperamento — sí al grajo del utilitarismo.

Tras de nosotros una adolescencia prometedora agita como bandera de rebelión las mismas melenas altas rotadas de nuestros sueños primerizos; a veces, con íntimo regocijo, sorprendemos entre la fecunda floración de los nuevos poetas líricos una hasta arrancada a nuestra heredad; las mismas sombras bien amadas de Verlaine, Baudelaire, Samain, que auspiciaron nuestra iniciación, presiden hoy la teoría que marcha por nuestros mismos difíciles senderos hacia los brazos abiertos de la diosa voluble. Y es así como nuestra voz se prolonga de alma a alma, y es como el reflejo decreciente de una estrella remota que incendia la fastuosa penumbría de encantada gruta submarina; es así como queda perennizado nuestro acento que tuvo al igual de la piedra que ahuyentó a las estrellas en el poema de Kayaan, no el don de desbaratar la noche, como vano símil semejante dijera César Miranda, del lunático poeta exilado en la Torre de los Panoramas, pero sí en virtud de apuñalear la sombra con un rayo que anunciaba la gloria de las albas venideras.

Medardo Angel SILVA.

EN NAZARETH

La literatura escandinava ha sido poco difundida entre nosotros. La dificultad del idioma y el alejamiento etnográfico impiden que se conozca de mejor manera sus diversos géneros. Lo q' conocemos es a través de transcripciones en las cuales la imaginación del traductor colabora con la fantasía creadora de los moldes primitivos y de este modo resultan desfiguradas sus levendas, de suyo recargadas de brumas nódicas. Más bien, en teatro, nos son familiares los nombres de Bjorson y de Ibsen que representan dos épocas y escuelas diferentes.

Hoy le toca a Selma Lagerlof hacer su aparición en esta página con una de sus narraciones al parecer sencillas y deliciosamente ingénuas, pero que en el fondo encierran una reflexiva enseñanza y un fondo de lógica racionalista y sana. En 1909 obtuvo el premio Nobel en Literatura. En la actualidad reside en Vermlan, (Suecia).

Un día, cuando Jesús apenas contaba cinco años, hallábase sentado en el umbral del taller de su padre en Nazaret, ocupado en fabricar cuclillos de tierra con la arcilla suave y dúctil que le había obsequiado el alfarero de enfrente. Sentíase feliz como nunca, pues todos los muchachos del barrio decían que el alfarero era un hombre malo que no se dejaba ablandar ni por dulces miradas ni por palabras de miel, y jamás se habían atrevido a pedirle nada. Pero apenas sabía cómo había podido suceder eso: hallándose sobre el umbral viendo con envidia al vecino que trabajaba en su molde, ese hombre malo había salido de su tienda y le había dado arcilla suficiente para poder fabricar un cántaro propio para vino.

Sobre las gradas de la casa vecina, estaba sentado Judas. Era feo: tenía los cabellos rojos y la cara cubierta de araños y moretones ganados en sus perpetuas batallas, sostenidas con todos los pilluelos de la calle. Por el momento permanecía tranquilo, no disputaba ni reñía, trabajaba como Jesús, modelando un pedazo de arcilla que éste le había dado, pues él no se atrevía ni a presentarse delante del alfarero, quien lo acusaba de arrojar piedras sobre sus frágiles mercancías y que lo hubiera echado a garrotazos.

A medida que los niños terminaban sus cuclillos los colocaban en círculo a su alrededor. Eran pájaros como han sido desde tiempo inmemorial todos los pájaros de barro: se mantenían en pie sobre una gruesa bola de barro aplastada, tenían una cola muy corta y las alas casi imperceptibles. Sin embargo, los cuclillos de los dos pequeños camaradas diferían a la simple vista. Los de Judas estaban tan mal hechos que ninguno se sostenía en pie, sus dedos torpes y duros no podían modelarlos. Y lanzaba a Jesús furtivas miradas buscando ver cómo se ingeniaba para hacer pájaros tan bellos que le resultaban tersos como las hojas de encina de las selvas del Tabor.

A cada cuclillo terminado, Jesús se sentía más feliz. El último le parecía más hermoso que los otros, pero a todos los veía con amor y simpatía. Ellos serían sus compañeros de juego, dormirían cerca de él, le cantarían sus canciones cuando su madre lo dejara solo. Jamás se había sentido tan rico y nunca se volvería a hallar abandonado.

El robusto aguador pasó en ese momento encorvado bajo la pesada odre y detrás venía el vendedor de legumbres que se balanceaba sobre el lomo de un asno entre las grandes y vacías cestas de mimbre. El aguador puso la mano sobre los blondos bucles de Jesús y le pidió noticias de sus pájaros. Jesús le respondió que todos tenían sus nombres, que sabían cantar, que llegaban de lejanos países y le referían historias que sólo de ellos y de él eran conocidas. Y Jesús hablaba tan bien, que el aguador y el vendedor de legumbres olvidaron un gran rato sus ocupaciones. Pero como se alejaran, Jesús les señaló al pequeño Judas diciéndoles:

—¡Mirad qué bonitos pájaros hace Judas!

El vendedor de legumbres detuvo su asno con sencilla bondad y preguntó a Judas si sus pájaros tenían también sus nombres y si cantaban. Judas no sabía nada y enmudeció; ni siquiera levantó los ojos. Irritado, el vendedor de legumbres dió un puntapié a uno de los pájaros y prosiguió su camino.

La tarde fenecía: el sol estaba ya tan bajo que su luz podía entrar por la pequeña puerta de la ciudad que, rematada por una águila romana, se hallaba al extremo de la calle. Esta luz color de rosa, de tonalidades sangrientas, se difundía en la estrecha calle y revestía con su color cuanto tocaba. Las vasijas del alfarero parecían estar pintadas lo mismo que la tabla que crujía bajo la sierra del carpintero y el velo blanco que orlaba el rostro de María. Pero donde el sol brillaba del modo más maravilloso, era en los pequeños charcos de agua entre las desiguales lozas de piedra con que estaba pavimentada la calle. De pronto Jesús sumergió la mano en el charco más próximo, pues se le había ocurrido pintar sus pájaros grises con el resplandor centelleante que daba tan bellos matices al agua y a los muros de las casas.

El sol se prestó graciosamente a su juego y se dejó tomar como el color de la paleta del pintor. Y cuando Jesús lo extendió sobre sus pequeños cuclillos de barro, un reflejo de diamantes lo irisó de abajo a arriba.

Judas, que de cuando en cuando observaba y contaba los pájaros de Jesús, lanzó un grito de admiración al verlos pintar con el sol de los charcos de lodo y se apresuró también a meter las manos en la brillante agua. Pero el sol se le deslizaba entre los dedos. Por rápido que fuese el movimiento de sus pequeñas manos, ellas no retenían nada del maravilloso colorido.

—¡Espera, Judas! Voy a pintarte tus pájaros, dijo Jesús.

—¡No, respondió, no quiero que los toques! Están bien como están.

Y se levantó frunciendo las cejas y mordiéndose los labios, y puso su ancho pieceecillo sobre los pájaros, convirtiéndolos, uno después de otro, en pedazos prensados de barro.

Cuando hubo destruído todos sus pájaros, se aproximó a Jesús cuyos cuclillos de barro brillaban como piedras preciosas bajo las caricias del niño. Los miró un instante en silencio, después levantó el pie y lo dejó caer sobre uno de ellos. Cuando el pájaro no era más que un pedazo de tierra gris, Judas experimentó tal satisfacción que se echó a reir y levantó otra vez el pie para aplastar otro más.

—¡Judas!, gritó Jesús, ¿qué haces? ¿No sabes que ellos viven y cantan?

Judas rió más fuerte y aplastó el segundo pájaro.

Jesús desatinado miró a su derredor. No podía oponerse a Judas que era grande y fuerte y buscó con la mirada a su madre. Esta no se hallaba lejos, pero antes de que hubiera podido llegar, todos los pájaros serían aplastados; lleno de angustia se echó a llorar. Judas había ya destruído cuatro y no quedaban más que tres. Jesús casi enfadado con sus cuclillos porque permanecían inmóviles y se dejaban impunemente aplastar, palmoteó como para despertarlos gritándoles:

—¡Volad! Volad!, pues.

Entonces.... los tres pájaros comenzaron a mover las alas y, con vuelo torpe e inquieto, lograron ganar el borde del techo, donde, por lo menos, estaban a salvo.

Cuando Judas vió volar los pájaros a las palabras de Jesús, estalló en sollozos. Se arrancaba los cabellos como lo había visto hacer a las personas grandes cuando estaban en duelo o afligidas, y se arrojó a los pies de Jesús. Se revolcaba en el polvo como perro, y besaba los pies de su camarada rogándole lo aplastara como él lo había hecho con los pájaros. Pues Judas, desde aquel momento, amaba y admiraba a Jesús, lo adoraba y lo odiaba al mismo tiempo.

María, que había seguido el juego de los niños, vino a ellos; alzó en brazos al pequeño Judas, lo colocó en su regazo y acariciándolo le dijo:

—¡Pobrecillo! Tú no comprendes que has intentado lo que ninguna criatura humana puede lograr. Jamás pretendas cosa semejante si no quieres ser el más desafortunado de los mortales. ¿Crées posible luchar contra Aquél que pinta con el sol y que dá el soplo de la vida a la tierra muerta.....?

Selma LANGERLOF

Poemas de verano

Je tiens ton coeur entre mes mains et tout le jour je le regarde. C'est un fruit dont je me délecte et qui renaît, plus savoureux que la reinette mûre qui croît dans l'herbe et que les guêpes creusent; plus désaltérant que le raisin que tu détaches des pampres inclinés.

(MARGARITE BURNAT-Provins. Cantique d' Été. —XXXVII.)

Frutos de verano, los tuyos, Amaranta. ¿Recuerdas?

Era allá lejos, en la tierra de América en que más quemante arde el sol. Y yo tuve en mis manos, como la más Margarita de las Margaritas, el de su amado, tu corazón. El trascendía a fruta del trópico, y al mismo tiempo a flor tropical, de modo que se dijera una flor viva y con olor al níspero moreno, a la piña rubia, al "jocote" de sangre, al melón de miel, y a la pulpa de la sandía.

* * *

Y ya había yo con mis besos probado ya otros frutos deliciosos, amados del sol que fecunda aquellas tierras fuertes. Tus cabellos, que tenían el perfume del obscuro almíbar del "carao", y al cual acudirían las abejas y las avispas; tus ojos, que eran como dos frutos misteriosos y de encanto, del jardín de tu alma; tus orejas, aromadas como las manzanas-rosas; tu boca, suave, perfumada y dulce como el algodón de la "guaba" en que hubiesen dejado caer una gota de esencia de Oriente. Tu cuello, que trascendía a la pluma del pájaro que anidara entre jazmines, y al azúcar de la "piñuela; tus manos, que siendo como un manojo de azucenas, tenían como relentes de la granadilla.

Y tú eras así, para mí, a un tiempo, Flora y Pomona.

* * *

Pero como la más Margarita de las Margaritas, yo tuve entre mis manos tu corazón, que trascendía a fruta del trópico al mismo tiempo que a flor tropical. Y en él encontré el sabor del níspero moreno, de la piña rubia, del jocote de sangre, del melón de miel, de la pulpa de la sandía, del almíbar del carao, de los frutos misteriosos, de las manzanas-rosas, del algodón de la guaba, del [illegible] de la piñuela, de la granadilla; y sobre todo el sabor tuyo, reveladora encantadora, Pomona y Flora, en la aurora....

RUBEN DARIO.

LINDICA

(A UNA GITANA)

Y se llamaba Líndica... Gitana
de ojos bandidos y de faz morena
que, en el cortejo de su caravana,
pasó por los eriales de mi pena.

Me dijo frases truncas... de la Muerte,
del Amor, de la Vida y del Arcano,
descifrando misterios de la suerte
en las líneas absurdas de mi mano.

Quise hablarla de amor... Y derrepente
se estremeció su corazón de Oriente
con mi devota ingenuidad cristiana.

Y en ese instante, con unción secreta,
fundí mi raza blanca de poeta
en su raza maldita de gitana.

JOSE MARIA EGAS M. Riobamba,— MCMXVIII.

FIGULINA

EN EL ALBUM DE ROSITA.

Pasas con chic de aristocracia suma
frívolamente sobre mis martirios.
Pareces hecha con blancor de espuma
o levedad finísima de lirios.

Una serena majestad reviste
tu vida espiritual que sufre y calla...
Resumes toda la elegancia triste
de una puesta de sol que se desmaya.....

Mensaje blanco de las primaveras.
Alburn espiritual!....Oh! figulina
de ponerte a exhibir en las vidrieras;

porque eres grácil, impecable y fina,
al tocarte, parece que tuvieras
frágilidad de porcelana china.

Riobamba,—MCMXVIII JOSE MARIA EGAS M.